

Narciso en la laguna: nueva poesía mexicana

La poesía mexicana de las últimas décadas se caracteriza por su variedad de autores y tendencias, lo que obliga a presentar con cautela determinadas opciones. El problema se agrava por la cercanía temporal, al carecer del tiempo preciso para que se establezcan los cambios y se consoliden los poetas, a lo que se añaden otras dificultades como «la coexistencia de distintas generaciones (que) enriquece y complica el panorama de la poesía mexicana de las últimas décadas» (Teodosio Fernández, p. 12). Ya en 1980 Zaid, en su *Asamblea de poetas jóvenes de México*, excusaba la selección de los escritores antologados por motivos como la cercanía de los hechos, el número ingente de poetas, y la ignorancia respecto a la continuidad literaria de los autores (p. 18).

Desde la vanguardia los aspectos más destacados en la poesía han sido la experimentación y la ruptura (esta última subrayada por Paz); sin embargo ambas quedarán obsoletas a lo largo del siglo, así como la posterior poesía social, presentando finalmente un panorama sumamente diversificado, donde predominan «las opciones personales» y «la condición confesional de la poesía» (p. 15, Teodosio Fernández). Individualismo que dificulta el necesario proceso de síntesis.

La vanguardia se inicia en México con el movimiento estridentista, convive con la tendencia al esteticismo (más perdurable en el tiempo), representada por Contemporáneos. Octavio Paz será a su vez heredero de la vanguardia y del esteticismo de Contemporáneos a los que añadirá su vitalismo y su actitud social. Figura puente capaz de enlazar con la generación anterior, por su conciencia artística, como ocurre también con otros participantes de *Tierra Nueva*¹ o *Taller* (la revista más abierta al surrealismo, como subraya Dauster, p. 24) y capaz, asimismo, de orientar en cierta medida a las posteriores generaciones.

¹ Barreda querrá continuar el ideal de Contemporáneos y lo hace en *El hijo pródigo*. Este esfuerzo tendrá su continuación en *Barandal (1931-32)*, y *Taller (1938-1941)* fundado por Solana con la colaboración de los españoles Juan Gil Albert y Sánchez Barbudo. En 1940 *Tierra Nueva* agrupará a González Durán, Alf Chumacero, José Luis Martínez y Leopoldo Zea. Parten de la convicción en la diferencia de México y su creencia en la capacidad creativa y genial del mexicano, lo que posteriormente podemos ver formulado, de manera crítica, en *El laberinto de la soledad (1950)* de Octavio Paz.

Junto a otros autores que se decantarán por los temas sociales, como Efraín Huerta (1914), la presencia de Paz en la poesía mexicana resulta decisiva. Podemos ver sucederse, a lo largo de varias generaciones poéticas, temas como la importancia otorgada a la palabra, la escritura o el silencio —ámbito en el que se gesta la palabra—, acorde, en ocasiones, con las teorías contemporáneas de la lingüística (teoría de la comunicación, arbitrariedad del signo); su utilización de los logros de la vanguardia y en especial del surrealismo, o la búsqueda de la intrahistoria, utilizando la imagen de vanguardia, como en *¿Águila o Sol?* (1951) o *Salamandra* (1962). Aspectos a los que se añaden la percepción temporal, (a menudo acorde con Bergson, en el concepto del continuo fluir heraclitiano), o su posterior consideración del tiempo circular del eterno retorno, que finalmente sustentará el camino iniciático de *El mono gramático* (1974) (camino recorrido hacia el origen). A su vez el tiempo se integra en la búsqueda de la armonía espacial a través del orientalismo, presente en *Blanco* (1967). En definitiva, un conjunto de concepciones características que se comienzan a reiterar en los nuevos poetas.

El esteticismo y la filiación clasicista de Contemporáneos, surge en los versos de Rubén Bonifaz Nuño (1923) y Jaime García Terrés (1924-1996), y tendrá un continuador original en Marco Antonio Montes de Oca (1932). El referente vital adquiere la importancia que anteriormente se había otorgado a la palabra poética y provoca la aparición de una poesía que se decanta por lo social, como ocurre en el caso de Jaime Sabines (1926). Esta poesía aporta como manifestación singular la aparición del coloquialismo heredero de Vallejo, así como la imagen de filiación surrealista, la pretensión de un cierto dialogismo o bimetración de tono y sentido que se había iniciado en la poesía de Parra, y la llamada «poesía de las cosas», presente tanto en Parra como en Neruda.

A comienzos de los 60 las antologías poéticas inician un cambio en la escritura que ya se venía gestando anteriormente. El compromiso político y social culmina en *La espiga amotinada* (1960)². El poeta se identifica con Prometeo; coincide con él en su filantropía, en su rebeldía —en principio religiosa, pero también política—, en su conocimiento, vinculado a la idea de progreso y civilización «y por último, el sufrimiento de un castigo impuesto por el poder que ha sido desafiado» (p. 53, E. Navarro)

Pese a la importancia de *La Espiga amotinada*, la antología más difundida es *Poesía en movimiento* (1966), que se orienta, aunque de forma huidiza, hacia la modernidad (Cfr. Juan Malpartida). En el prólogo, Paz destacaba el papel del poeta y su palabra abierta hacia la pluralidad de significados: «no la belleza quieta, sino las mutaciones» (p. 6). Por otra parte, se pretende ver a la poesía no como continuidad, sino como ruptu-

² En la antología participan Juan Bañuelos (1932), Oscar Oliva (1938), Jaime Augusto Shelley (1937), Eraclio Zepeda (1937) y Jaime Labastida (1939). Su continuación, años más tarde, llevará por título: *Ocupación de la Palabra* (1965).

ra, lo que la relaciona con la vanguardia: «ver en el presente un comienzo, en el pasado un fin» (p. 7)³.

De este modo, la búsqueda de la memoria sociohistórica se une a la recuperación de una palabra olvidada, que funda en el verbo del poeta su propio reino, en cierto modo una neovanguardia. Los sucesos de la plaza de Tlatelolco el dos de octubre del 68 favorecerán una recuperación de la memoria colectiva en su más pura vertiente social, para pasar, más tarde, a integrarse en el rechazo total del poeta frente a la realidad.

I. Desde Tlatelolco. Poesía de los setenta

Los hechos acaecidos —especialmente el triunfo de la revolución cubana a partir del 60— hacen que la poesía social y política en México se intensifique, como lo demuestra incluso la antología que precede a los sucesos de Tlatelolco *Poesía joven de México* (1967), donde se recoge la producción de Alejandro Aura, Leopoldo Ayala, José Carlos Becerra y Garduño. Las tendencias de la época se centran en una relativa apropiación de técnicas neovanguardistas: imagen, enumeración, letanía, desmembración, *collage*, etc., unidas a una propuesta revolucionaria.

La mayoría de los autores escriben una poética de denuncia (como la de Ayala en «Vietnam 900 00»), en la que se pone de manifiesto la presencia de la canción protesta y la violencia de la expresión. Estén o no de acuerdo con Paz, todos ellos recogen el testigo de la acción trascendental del acto de escribir. Su propósito será formular la realidad cotidiana y manifestar su disconformidad a través de la denuncia, como podemos observar, además, en ciertos poetas más jóvenes como Orlando Guillén o Ricardo Castillo (1954) (*El Pobrecito sr. X*, 1976) que añade a la protesta del primero lo anecdótico y trivial, así como el tono humorístico que recuerda a Nicanor Parra.

Humor y narratividad se convierten en una constante, como resultado de la aparición poética de lo cotidiano y se enfrenta a la poesía esteticista o hermética. En Hugo Gutiérrez Vega (1934) la iconoclasia y la ironía perceptibles así mismo en Pacheco, toman como referente inmediato la reacción del propio poeta ante la actitud del crítico:

El poeta se quedó en el salón
y procedió a comerse sus poemas
con una actitud que denotaba revanchismo,
y lo que es más grave, delectación (*Cuando el placer termine*, p. 26).

El pluralismo de voces y poéticas, destacado por Ana Chouciño, hace que durante los setenta no se pueda hablar de generación, lo que se manifiesta

³ La negación de la autoridad, según Calinescu, es el elemento que cohesiona la modernidad con la posmodernidad. Respecto a los poetas incluidos, en la antología de Paz algunos críticos censurarán la presencia de autores ya consagrados, frente a la verdadera poesía joven de México.

claramente en la antología: *Asamblea de poetas jóvenes de México* (1980), ya citada. Si acaso se prefiere una mayor hiperbolización que contribuye a la crítica de temas anteriormente tratados: ciudad, amor o erotismo, muerte, rebeldía, vacuidad de la existencia...

Lo narrativo, el prosaísmo poético o la aplicación de la estructura del cuento a la poesía, se une a la ironía que será el carácter más destacado y perdurable a lo largo del siglo, como podemos ver en Ricardo Yáñez⁴, autor de *Divertimento* (1973) y de *Escritura Sumaria* (1977). En la primera de sus obras, surge como en otros poetas —José Emilio Pacheco (1939), Homero Aridjis (1940)— la afirmación de una poesía que trivializa lo trascendente, e ironiza los valores tradicionales:

En la azul sombra de un árbol del paraíso
tú y yo haciéndonos el amor, pensamos.

.....
Y seguramente habría música,
y dios en una nube, ah y ovejas.
La gran broma.

Ironía que abarca el pensamiento filosófico, cuando Pacheco lo ridiculiza al «discurrir» sobre la situación del cerdo («Cerdo ante Dios»). Si el pensamiento racionalista había definido desde el XVII la cultura de Occidente, la posmodernidad atacará preferentemente dicho racionalismo, al considerar la inutilidad de la filosofía y del cientificismo, y el fracaso del progreso para definir o adaptarse al hombre⁵.

(Casi humano es, dicen los zoólogos,
el interior del cerdo inteligente,
aún más que perros y caballos.)
Criaturitas de Dios, los llama mi abuela.
Hermano cerdo, hubiera dicho san Francisco.
.....
Si Dios existe ¿por qué sufre este cerdo?

Este contenido paródico de la poesía hace presente en México la cuestionada posmodernidad, puesto que se plantea como crítica al pensamiento moderno. La filosofía que había conformado la cultura de Occidente se trivializa y Descartes se convierte en el personaje de una parodia, relatada en un lenguaje claramente coloquial en Ricardo Yáñez:

Pienso en Descartes, qué fregadazo debe haber andado
para tener que recurrir a la comprobación de su existencia.
Cogito ergo sum. Híjole qué duro.

La ironía y el prosaísmo se presenta incluso como juego del lenguaje, manifestando la variabilidad de la palabra para investigar en su posibilidad

⁴ Por el año de nacimiento habría que incluirlo en los ochenta, sin embargo, su actitud poética y su narratividad le sitúa al lado del José Emilio Pacheco de estos años, así como junto a Ricardo Castillo (1954), con su más conocida obra: *El pobrecito sr. X, donde los mitos, como el cuerpo de la mujer, se ironizan al referirse a zonas del cuerpo consideradas como «tabú» o anti-poéticas: «Pero es indudable que las nalgas de una mujer/son incomparablemente mejores que las de un hombre, tienen más vida, más alegría, son pura imaginación» («Las nalgas»).*

⁵ Lyotard, François: *La condición posmoderna. Informe sobre el saber. Madrid. Cátedra. 1984.*